

# La buena compañía

BÁRBARA JACOBS

LA BUENA COMPAÑÍA

Bárbara Jacobs nació en 1947 en la Ciudad de México en el seno de una familia de emigrantes libaneses, los abuelos paternos judíos y los maternos cristianos. Cursó la educación secundaria en Montreal, y se licenció en Psicología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue profesora de lengua inglesa en la Universidad Iberoamericana de México y de traducción en El Colegio de México. Es viuda de Augusto Monterroso. Actualmente vive con Vicente Rojo entre la ciudad de México y Cuernavaca. Además de numerosos libros de cuentos y ensayos ha publicado las novelas *Las hojas muertas* (1987), Premio Xavier Villaurrutia, traducida al inglés, al italiano y al portugués, *Las siete fugas de Saab, alias El Rizos* (1992), *Vida con mi amigo* (1994), *Adiós humanidad* (2000), *Florencia y Ruiseñor* (2006) y *Lunas* (2010). En Navona Ficciones hemos publicado su novela *La Dueña del Hotel Poe* (2016).

## ENTRADA

Hace años, un día se me ocurrió entresacar de mi biblioteca los libros cuya lectura me hubiera dado, además de gozo, una idea iluminadora de lo que ha sido la literatura más formativa de mi hemisferio y de mi tiempo.

Con la selección hecha y apilada en mi estudio, sobre una grande y pesada mesa construida de viejos durmientes, pensé que lo que me correspondía hacer ahora era dar al conjunto algún tipo de orden orientador.

Fue cuando deduje que la agrupación ideal podría darse a partir del género literario al que perteneciera cada pequeño montón en el que fui acomodando los libros, o al que yo supusiera que podía pertenecer. Y, así, finalmente conformé los libros según los géneros, de los más tradicionales a los más recientes en la historia de la literatura. Nombrar algunos de estos últimos como géneros literarios es una aportación.

Tras lo cual, escribí unas páginas en torno a cada uno de los montones, que son las que en definitiva fueron componiendo el presente libro.

Pero quizá también deba decir algo sobre el tema del

idioma, pues según resultó, no todos los libros que reuní, contrario a mis primeras intenciones, cuentan con una traducción al español, que es mi lengua materna.

Para terminar, quiero dirigir mi libro más bien al lector común o *no necesariamente* especializado en literatura, pero dispuesto a conocerla, disfrutarla y enriquecerse.

Así, dedico estas páginas

## A

Una antropóloga (asimismo lexicógrafa); un excepcional hombre de negocios (radicado en Miami); un chef (su filipina y su gorra, enmarcadas, adornan el bar de tapas Olé Olé, en Cabo San Lucas); un historiador (de la Universidad Nacional Autónoma de México); una especialista en artesanía mexicana; una cineasta; un traductor (del japonés); un fotógrafo uruguayo; varias amas de casa (al menos una de ellas, gran dama de sociedad); un concertista; un pintor, grabador y escultor (internacional); la secretaria particular de un ministro de Agricultura; un ejecutivo bancario gay; un hindú que alguna vez aprendió español (en El Colegio de México); un joyero neoyorquino; una ex empleada de relaciones públicas del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México; un exjesuita; una pintora (local); una chef y repostera (actualmente radicada en Barcelona); una epidemióloga colombiana; un controlador aéreo; una ceramista (y traductora del árabe al español); un ingeniero físico; un coleccionista (de foto-

grafías); una narradora (aún inédita) y maestra de meditación (activa); un pintor naïf y su esposa (ambos estadounidenses); un editor; un joven de gran promesa (de iniciales D. J. D.); una feminista; la enfermera Ara; un cartero; una manicurista; los artesanos de Guerrero; una biógrafa (de su mamá, Anita B.); un estilista; un filósofo (de la Universidad Autónoma Metropolitana); una museógrafa londinense (de iniciales J. J.); una docena de comerciantes; un loco (feliz); un agregado cultural; el mejor vendedor de México (de origen fenicio); dos agentes de bienes raíces (él, filipino; ella, checoslovaca); la jefa de vecinos de Chimalistac; un *bon vivant*; un médico (especializado en tratamientos para adelgazar); una florista; un demógrafo parisino; mi financiero (de iniciales A. J. K.); dos o tres estudiantes de diplomados en cultura general; un agente de tránsito (aficionado, pues nació y creció multimillonario); un embajador interino de México en Palestina; una comunicadora; los hermanos Reyes (el mayor, ebanista; el menor, fotógrafo; ambos, de Toluca); una empleada de confianza; un masajista (noruego); un corredor de coches; una cantante de un coro universitario; dos físicos (uno de ellos nuclear y, el otro, de apodo Mauri); un inventor; un arquitecto y diseñador (asentado en San Francisco, California); la nieta de un tejedor (de origen ruso); un pintor «de brocha gorda»; una librera (mamá de unas trillizas argentinas); una actriz; un administrador; un escultor holandés (aficionado a las motocicletas) y, por último, a todos los que, como ellos, busquen y sepan apreciar la buena compañía de la lectura.

## DE LA POESÍA

Lo natural es iniciar este libro con el género de la poesía, pues con ella empezó la historia de la literatura. Se podría decir que la primera poesía equivale, en las letras, a lo que, en la imagen, representa la pintura rupestre.

Aunque los poetas que elegí para dar una idea al lector común, mi verdadero hermano, hablan con fuerza de mi tiempo y de mi hemisferio, debo anteponerles a los dos creadores que, en lo particular, me formaron a mí y me impulsaron y retroimpulsaron hacia todos los demás poetas.

Me refiero a Bob Dylan y a E. E. Cummings.

Pero, antes, unas palabras que me presenten y que, espero, justifiquen o al menos expliquen mi osadía de arrancar con dos poetas tan contestatarios de la convención como ellos dos. Fui lectora tardía, pero al haberme formado en prestigiosos colegios en México y en Canadá, desde muy temprano *tuve* que leer a los poetas clásicos, tanto mexicanos, como ingleses, franceses y canadienses. Me costó mucho trabajo, sobre todo memorizarlos y aprender a comprenderlos y apreciarlos.

Pero cuando en mi adolescencia me convertí en verdadera lectora, sin trabas y, más bien, con gozo, coincidió con el momento en que «conocí» a Bob Dylan y a E. E. Cummings. Y la diferencia evidente con los poetas clásicos a quienes había leído y memorizado de niña, siempre con dificultad, consistió en que a Dylan y a Cummings los leí y los oí no solo con toda facilidad, sino con verdadera pasión. Podría referirme a mi acercamiento a la poesía como *antes* de Dylan y Cummings y *después* de ellos. En mi mundo de lectora de poesía fueron ellos quienes se encargaron de iluminarme tanto en el presente como, con una especie de visión retrospectiva, en el pasado.

Mientras que la poesía de Dylan, rebelde, dramática, alegre y muy actual, se acompañaba de la voz del autor y de la música, igualmente creada y ejecutada por él mismo (con el tiempo, también con bandas formadas por él) y, a pesar de su total rebeldía, cumplía con la tradición de llamar canto a la poesía, Cummings deshacía la lengua inglesa, se entregaba al despropósito del juego de palabras y de tipografías para expresarse por completo y sin ningún límite. Es cierto que en aquellos años se decía (y me temo que siempre habrá quien lo siga sosteniendo) que Bob Dylan no tenía voz y que Cummings era más un malabarista de la lengua que un poeta, pero lo cierto es que a mí (y no solo a mí) me divirtieron, hablaron por mí, crecí con ellos, estuvieron conmigo en las buenas y en las malas. Desataron mi mente y mis emociones tanto como, en la prosa, hizo en el siglo XVIII Laurence

Sterne, que es todo un clásico y que, sin embargo, con su *Tristram Shandy* se permitió hacer tantas locuras con la lengua y con el género de la novela que sigue siendo insuperable. Hay dos tipos de creadores, el que inaugura y el que desarrolla las inauguraciones. Y Dylan, Cummings y, por supuesto, Sterne son indudablemente inaugurales.

No voy a presumir de que el atrevimiento de abrir esta sección con Dylan y Cummings hubiera sido espontáneo en mí. Pues, mientras daba vuelta al tema, tuve la buena suerte de que cayeran en mis manos las fantásticas conferencias *Contra la poesía* y *Contra los poetas*, que en 1947 pronunció Gombrowicz en español en Buenos Aires. Por tanto, debo a mi lectura de las mismas la (aparente) irreverencia de haber encabezado con Dylan y Cummings mi lista de poetas formativos y recomendables. Pero sí me voy a jactar de que escribí la primera versión de este apartado al menos una década antes de que se le otorgara a Bob Dylan el Premio Nobel de Literatura 2016, dato comprobable con mis múltiples y añosos borradores.

Y ahora, para volver al propósito de este libro, y por lo pronto a la sección sobre poesía, que es recomendar al lector común o no especializado en literatura algunos poetas destacables en mis años formativos, de inmediato escojo a Pablo Neruda, con sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, voz y canto de los que ningún lector debería prescindir, entre otras razones porque una vez que haya leído y oído estas composiciones de Neru-

da se habrá poblado para siempre de amor, de música y de alegría, desesperada o no. De juego, de juventud, de Naturaleza, de infancia.

Incluyo asimismo a la infaltable poeta Ida Vitale, con *Mella y criba*. Vitale, Premio Cervantes 2018, además de poeta, sensible y culta, es sumamente accesible y por completo disfrutable para todo lector.

Me acompaña también Eugenio Montale, la edición bilingüe de la *Poesía completa* de Montale, que preparó Fabio Morábito; la traducción, el prólogo y las notas fueron suficientemente iluminadores en la búsqueda que me llevó al mar que es Montale.

Asimismo, escogí a Guillaume Apollinaire porque llora y juega y porque su poema «Llueve» llueve, y porque en su «Carta océano» aparecen los mayas y la República Mexicana.

## ADENDA

En abril, había escrito a Ida Vitale que W y yo estábamos bajo un limonero antes de sentarnos a desayunar, aquí, en Cuernavaca, cuando sentí el deseo imperioso de leer en voz alta a W tus «Relicarios» y lo hice, con el resultado de que nos engolosinamos los dos y entonces leí tus «Relaciones triangulares», una y dos veces cada poema, «Recordándote, seguros de que sabes cómo acompañas con tu voz, que te agradecemos y que nos parece infaltable»,

*Relicarios*

La nostálgica pata del perro en tu rodilla,  
el belfo agradecido del caballo en tu blusa,  
la quietud ambiciosa del sapo acariciado,  
la confianza en tu mano del petirrojo inglés.

*Relaciones triangulares*

Hace un rato  
que en la encina cercana  
protesta un grajo.  
Mi vecina, la gata  
blanquinegra e inaudible,  
asoma por la ventana.  
Mira al árbol  
y encerrada imagina  
la aventura riesgosa.  
Mira al grajo y me mira.  
No sabe a quién apoyo.  
Para alguien que no existe  
un raro trío hacemos  
en tres lenguas distintas,  
dos silencios y el ruido  
del grajo inaccesible.

Aquella misma tarde, Ida me contestó,

Como llegué de unos días mexicanos con neumonía y  
pleuresía arracimadas en el pulmón izquierdo, y estoy  
intentando extirparlas a fuerza de antibióticos, la noticia  
de tu lectura al alimón me ha actuado como medicina sin

contraindicaciones. Imagínate cómo te lo agradezco. Yo debía haberles dicho alguna vez que recuerdo como si fuera ayer —Enrique insiste en que fue hace mucho— una exposición bellísima de escultura de W en una moderna galería de Polanco. Mi dato es impreciso y aunque fue en una tarde luminosa, no sabe a Cuernavaca. Pero va con toda nuestra cariñosa admiración y gratitud.

Releí el intercambio epistolar con Ida y por el momento dejé de creer que fuera necesario escribirle nada más. *Sabía* que contaba con su autorización para incluir donde quisiera su carta de abril en torno a *Mella y criba*.